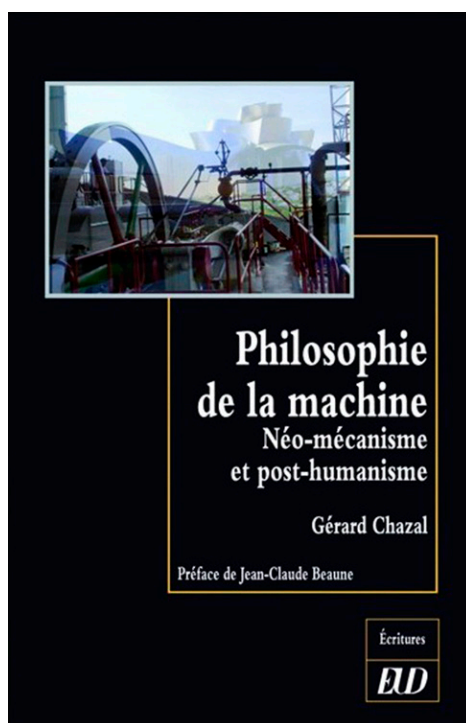


Filosofía de la máquina. Neo-mecanicismo y post-humanismo

Gerard Chazal

Dijon: Ediciones Universitarias, 2013



Prefacio de Jean-Claude Beaune*

Profesor honorario de la Universidad Lyon 3

En una obra anterior *El espejo automático* (Champ Vallon, 1995)**, al referirse a los grandes informáticos que son von Neumann & Turing (sin olvidar a Descartes, el fundador del problema) G. Chazal se hace la pregunta considerada como crucial, por no decir trágica: “¿pueden las máquinas pensar?”. Hoy la pregunta ya no es la misma y G. Chazal lo tiene en cuenta. Sus numerosas obras de

* Esta obra de Gerard Chazal y el prefacio de Jean-Claude Beaune son traducciones de Luis Alfonso Palau Castaño, realizadas en Medellín entre los meses de junio y noviembre de 2016, a quien agradecemos la gentileza y colaboración con nuestra revista. Nota del editor de la revista Ciencias Sociales y Educación.

** Se cuenta con una traducción, la cual realice en Medellín entre octubre de 2013 y junio de 2014. Nota del traductor Luis Alfonso Palau Castaño.

lógica, de epistemología, de historia de la filosofía y de análisis culturales, no le han hecho olvidar esta primera interrogación, central para comprender las relaciones históricas entre la ciencia y la filosofía, pero sobre todo para tener en cuenta los desarrollos fundamentales de la “informática” que evoluciona, rápida y compleja, en nuestra actualidad. Presenta aquí sobre esos interrogantes esenciales no un balance sino un sistema arborescente de posiciones tomadas por los matemáticos, lingüistas e informáticos importantes (que tienen una real influencia sobre la teoría y la práctica de esas máquinas). Sus análisis y aplicaciones tienen el mérito de la novedad, pero también de la dispersión, y G. Chazal muestra también que existe una verdadera continuidad con los trabajos científicos y las tesis filosóficas anteriores (Descartes, la Mettrie, los filósofos de las Luces, los fisiólogos del siglo XIX, el conductismo, etc.). Hay que insistir en que la posición de Chazal es por entero *racionalista*, lo que lo conduce primero a rechazar toda interpretación fantasiosa de estos debates actuales, pero también a interrogar de cerca las perspectivas espiritualistas o exterioristas que, quiéraselo o no, solo pueden postular la existencia de un espíritu trascendente que sería el verdadero responsable de los movimientos y producciones de la máquina. Esta, real o virtual, es la preocupación decisiva.

Esta perspectiva compromete la cuestión de la anterioridad lógica y cronológica del pensamiento con respecto al lenguaje, pero también nada menos que el sentido del dualismo cartesiano entre el alma y el cuerpo que gobierna la mayor parte de los otros dualismos que nos guían (mismo / otro; naturaleza / cultura). Por tanto, de manera escrupulosa y buscando siempre colocarse en el punto de la mejor “acomodación”, de manera modesta pero muy eficaz, encuentra la cuestión central de la “unidad del individuo”. Se cambia entonces de plan: ya no se trata solamente de comparar doctrinas sino de interrogarse sobre la significación general de nuestro conocimiento del mundo, de los otros y de nosotros mismos. No se trata solamente de enunciar a este respecto opciones metafísicas, sino de desarrollar un conjunto de proposiciones que califiquen nuestra condición (no nuestra naturaleza) de individuos activos y creativos. ¿Qué mejor hilo conductor que la informática que casi se ha vuelto nuestro doble, nuestra prótesis, quizá nuestra identidad, y que tiene el mérito de implicar de cerca o de lejos el uso que hacemos de nuestras máquinas y de nuestras “formas de vida” tanto físicas como mentales? Para llevar a buen término esta empresa, G. Chazal se da cinco grandes “perspectivas”:

1. Una orientación básica de la que los desarrollos de la obra van a constituir la justificación, o más bien van a hacer surgir la cualidad heurística que condensan: son el *mecanicismo* y el *materialismo*, con una atención puesta particularmente en el *cuerpo*, noción a menudo demasiado encerrada en un *a priori* idealista, cuando no teológico. No se trata de “rehabilitarlos” sino de empujarlos lo más lejos posible y de formular un neo-mecanicismo, así

como un materialismo crítico que concierne a “su lugar en la filosofía”, lo que de rebote plantea el problema del rol de las neurociencias. En cuanto al *neo-mecanicismo*, corresponde a la voluntad de poner a prueba la frontera cartesiana entre el alma y el cuerpo por la puesta en espejo de los comportamientos de los hombres, pero también de los animales, y sobre todo de los robots y autómatas cuya teoría constituye una referencia lógica y epistemológica de primer orden.

2. Un método riguroso y adaptado a su objeto. Lo expone desde el comienzo al formular su principio: “no existe en la actualidad máquina consciente, moral, sensible a la belleza, capaz de empatía. Si nuestras máquinas actuales no son hombres –y este es claramente un hecho– ello no prueba la recíproca, es decir, que los hombres no sean máquinas”. Esta aparente paradoja constituye un envite epistemológico, pero también una apuesta (donde se puede discernir el comienzo de lo que él llama su “humanismo”) que responde, a la vez, a los partidarios de las almas extranjeras y a los reductivistas que afirman sin estados de alma que, puesto que las máquinas se nos parecen cada vez más, nos penetran, “borran los límites entre el viviente y lo inanimado”, confundiendo lo real y lo virtual, ellas adquieren de golpe un “espíritu”, lo que por lo demás conduce a un nuevo problema: ¿es que “el suyo <el de ellas>” es “el nuestro”? Chazal remite entonces a la férrea crítica ya bien montada en 1995 de las facilidades de la “imitación” que condiciona la mayor parte de las tesis sobre la “inteligencia artificial”, perspectiva que él analiza con cuidado en el marco de nuestra informática, pero también de la cibernética y del *ciborg*, que demasiado a menudo confundimos con las lógicas digitales; sustituyendo la noción de mimetismo por la de “interfaz”, él responde de manera positiva y abierta a los partidarios de la informática omnipotente y a la tecnofobia.
3. Las matemáticas de alto nivel y las técnicas de modelización están en el corazón de esta investigación que hace que de golpe aparezcan otras “liebres”; la más importante sin duda es la del *lenguaje* pues, incluso, si uno cree haber realizado como Turing “la máquina universal”, si se ha profundizado la relación con el lenguaje, con su estructura incluso infra-lingüística en el sentido de Chomsky, con la síntesis de las lenguas naturales, con una formalización que proviene ya sea de algoritmos lógicos ya sea de realidades neuronales, siempre se regresa al marco de la cuestión inicial, no tanto a la del origen del lenguaje como a la del dualismo de las sustancias o de las propiedades. Esto toca estructuras sintácticas profundas que dejan por el camino una gran cantidad de semántica, y que producen cierta oposición en este punto entre lingüistas e informáticos. Matizar el problema del sujeto, igualmente el de la memoria, plantear el dilema: “¿se piensa o se comunica?”, así uno se apoye en Chomsky (cartesiano sincero, pero reductivista),

estos problemas no cambian para nada la pregunta neo-mecanicista que es: ¿“cómo” funciona eso, hay una lógica interna de las máquinas y de “toda máquina” incluidos nosotros mismos? Se puede hablar de un cuerpo autómatas, instrumentalizado, en este caso portador no solamente de una potencia heurística considerable sino que, robotizado, puede pretender en derecho poseer el pensamiento y una cierta independencia, si no la emoción, lo que no lo hace por ello un hombre-máquina completo. Chazal enuncia y analiza estas diferentes ópticas.

4. La dimensión materialista, presente por todas partes, concierne no solamente al “hecho” de que sin materia un conjunto técnico no tendría existencia, ya se trate de un ratón, de un transistor, de un escáner, sino que tiene que ver con el hecho de que es esta “materialidad” la que impulsa una cualidad lógica y epistemológica de los modelos, pues las cuestiones filosóficas deben confrontarse allá, en particular las de los dualismos. Por ejemplo, para describir el alma se recurre a una “piel de los cuerpos” (algo que de ninguna manera le chocaría a François Dagognet), lo que en todo caso es la hipótesis de Duchenne, sabio mecanicista desconocido y aquí muy justamente rehabilitado. Por principio y por experiencia, los funcionamientos de la máquina así considerada tienen por sentido la aplicación de estructuras humanas a la máquina, que “marchan” tanto para el espíritu como para el cuerpo. En el centro de su texto, luego de insistir sobre las desventajas y averías (asunto efectivamente crucial), afirma que “tenemos todavía que establecer una concepción a la vez científica y filosófica del espíritu”, y nota que estamos aún muy lejos de ello, lo que no hace de él ningún pesimista, sino más bien una voluntad de hacer que avance la investigación sin refugiarse en teorías anteriores, planteando al mismo tiempo un programa polémico y original, pues finalmente la “informática” (noción esta de la que a uno le gustaría tener una definición más clara y sintética) no es ni una ciencia aplicada ni una tecnología “infalsable”, sino un mundo que posee sus leyes como también sus exigencias materiales y sociales.
5. Para terminar en el “pos-humanismo” de Chazal, él extiende sus investigaciones al arte pictórico (Léger, Picabia, Grosz y sus “autómatas republicanos”, entre otros) y a la fotografía cuya cualidad plástica y material él la evidencia; asimismo, si es posible hablar de “hombre instrumentado”, es necesario por supuesto encarar el trabajo, sus alienaciones, la esclavitud, el taylorismo. Chazal conoció de cerca la tradición obrera, e incluso hemos de meditar una de sus observaciones, muy urgente para nosotros: el hombre de las máquinas contemporáneas en su “lugar informático” quizá está más alienado, más infeliz, más melancólico y sometido, que el viejo obrero de fábrica. Ya no sería la Mettrie sino La Boetie el que entonces hablaría.

Nos hemos dejado llevar un tanto en este *Prefacio* a un trabajo de "presentación", y ello ha tenido que ver con el placer que hemos experimentado leyendo este texto que nos enseñó mucho y nos volvió a poner los pies sobre la tierra. Gérard Chazal ha sabido construir una obra que puede aclarar bastantes miradas sobre la informática, tan simple en lo posible, sin esoterismo, de manera crítica y circunstanciada; este libro puede concernir tanto a un investigador o a un práctico que busca saber dónde se encuentra él de manera histórica y sintética, a un estudiante que tiene necesidad de este género de obras útiles a su propio trabajo, incluso a un escolar que, con un poco de ayuda, puede entender lo esencial; pero también simplemente a un aficionado que encuentra un escrito disponible sobre un tema del que habla a menudo con demasiada prisa. La capacidad de lectura a muchos "niveles" que él permite es bastante rara como para ser señalada y admirada. Gérard Chazal, hasta hace poco profesor en ejercicio de la Universidad de Dijon, cumple su programa con maestría en esta obra que no es simplemente una más en medio de otras. Se afirma no solamente como un conocedor, un investigador, un filósofo de la ciencia, sino también como el "*transmisor*" incomparable de un saber histórico, reflexivo y contemporáneo. Esta dimensión relacional está muy ampliamente confirmada por el conjunto de sus actividades culturales, colectivas, y sus compromisos personales.